

## **SEMANA SANTA 2017:** **CELEBRAR EL HOY DE LA PASCUA DE JESÚS**

Los católicos salmantinos nos disponemos a celebrar durante la *Semana Santa* el Misterio Pascual de nuestro Señor Jesucristo, es decir, su paso redentor de la muerte a la Vida y la participación de su Cuerpo que es la Iglesia, que somos cada uno de los bautizados, en esta victoria a través de la celebración de los sacramentos pascuales. La espiritualidad de la Pascua se basa en el protagonismo que en ella tienen Jesús y su Iglesia, Cristo y nosotros. Por una parte, está la Pascua de Jesús, el acontecimiento que se inició hace dos mil años: su éxodo como Mesías y nuevo Adán, su *paso* a través de la muerte a la existencia de Kyrios resucitado. Por otra, la actualización sacramental cada año de ese mismo paso en el *hoy*, para que también sea Pascua para nosotros, que también nosotros muramos y resucitemos y nos incorporemos al movimiento dinámico del Señor.

La Pascua de Cristo se nos hace presente este año, en el *hoy* de la Liturgia, porque Jesucristo sigue siendo “el mismo ayer, hoy y siempre” (Hb 13, 8). Así nos lo recuerda este precioso texto del *Catecismo de la Iglesia Católica*: “Cuando la Iglesia celebra el Misterio de Cristo, hay una palabra que jalona su oración: *¡hoy!*, como eco de la oración que le enseñó el Señor (Mt 6, 11) y de la llamada del Espíritu Santo (Hb 3,7-4,11; Sal 95,7). Este *hoy* del Dios vivo al que hombre está llamado a entrar, es la *hora* de la Pascua de Jesús que es *eje de toda la historia humana y la guía*” (cf. CCE, nº 1165). Pascua es algo que más que una conmemoración anual -“en tal primavera como ésta, Cristo murió y resucitó”- sino que algo sucederá de nuevo en nuestra celebración de la Pascua de este año 2017. Es gracia nueva cada vez. Fue un hecho histórico, pero en él participamos *hoy* y *aquí* nosotros. Así nos lo recuerda este texto conciliar: “Al conmemorar así los misterios de la redención, la Iglesia abre las riquezas de las virtudes y de los méritos de su Señor, de modo que se los hace presentes en cierto modo, durante el tiempo, a los fieles para que los alcancen se llenen de la gracia de la salvación” (SC, nº 102). Los católicos no nos dedicamos a celebrar “aniversarios” de hechos pasados, por importantes que hayan sido. Es lo que el *Catecismo* afirma de la Liturgia en general, pero que se verifica de modo especial en la Pascua: “Cuando llegó su hora, Cristo vivió el único acontecimiento de la historia que no pasa: Jesús muere, es sepultado, resucita de entre los muertos y se sienta a la derecha del Padre de una vez por todas. Es un acontecimiento real, sucedido en la historia, pero absolutamente singular: todos los demás acontecimientos suceden una vez y luego pasan y son absorbidos por el pasado. El misterio pascual de Cristo, por el contrario, no puede permanecer solamente en el pasado, pues por su muerte destruyó a la muerte, y todo lo que Cristo es y todo lo que hizo y padeció por los hombres participa de la eternidad divina y domina sí todos los tiempos y en ellos se mantiene permanentemente

presente. El acontecimiento de la Cruz y de la Resurrección permanece y atrae todo hacia la Vida” (cf. CCE, nº 1085).

Sí, la Pascua es la *cumbre del año* y la *fuentes de la espiritualidad* del pueblo cristiano. La Pascua es como el motor para todo un año de vida cristiana, preparada como está por la Cuaresma y prolongada por siete semanas de gracia pentecostal: todo ello centrado en los días más sagrados, el *Triduo Pascual* con el que “la Iglesia celebra cada año los grandes misterios de la redención de los hombres desde la Misa Vespertina del Jueves *en la Cena del Señor* hasta la vísperas del Domingo de Resurrección: este período de tiempo se denomina justamente el *triduo del crucificado, sepultado y resucitado* (San Agustín, Ep 55, 24), y se llama también *Triduo Pascual* porque con su celebración se hace presente y se realiza el misterio de la Pascua” (cf. *Carta circular* de 1988, nº 38). El Triduo Pascual celebra unitariamente el paso de Cristo -y nuestro- a través de la muerte a la resurrección. Necesitamos, los cristianos, hacer un esfuerzo por celebrar la Pascua en su unidad. Sin fragmentarla, que es lo que haríamos si dividiéramos demasiado sus diversos momentos: el Jueves, Eucaristía; el Viernes, muerte, procesiones; el sábado, sepultura y silencio; el domingo (con la solemne Vigilia Pascual), la resurrección. En todo ello hay una unidad dinámica que tiene su raíz en la persona de Cristo: el Crucificado es el mismo que el Resucitado y el que se nos da en la Eucaristía. La *teología crucis*, la *theologia gloriae* y la *theologia sacramenti* son un mismo misterio. El Triduo celebra un único acontecimiento, el paso de Cristo a la nueva existencia a través de la muerte. La muerte es victoriosa. La resurrección es redentora. Pascua no sólo es la gloria de la resurrección, es también el llanto del Viernes y Sábado, la mirada emocionada a la Cruz, el ayuno de dos días por el Esposo que nos ha sido arrebatado y el asombro y júbilo de la mañana del Domingo de Resurrección. Y a la vez es esperanza y convicción de que pasará a la nueva existencia, y nos arrastrará a nosotros consigo.

Vivamos personal y comunitariamente en nuestras parroquias las celebraciones pascuales de esta Semana Santa 2017 siendo conscientes de que la Liturgia hace actual, de *hoy*, los acontecimientos del pasado. O quizá mejor, nos hace *contemporáneos* del pasado a los hombres de *hoy*. Cada cristiano debe hacerse, mediante la Liturgia, *contemporáneo de Cristo* y, mediante las procesiones, testigo del Misterio Pascual que nos ha salvado. Así lo recordaba San Ambrosio a los neófitos durante la celebración de la Vigilia Pascual: “Si hoy Cristo está en ti, Él resucita para ti cada día” (cf. *De sacramenti*, V, 4, 26).

Juanjo Calles\*  
(Párroco de Cristo Rey)

\*Es autor del libro que lleva por título *La Vigilia Pascual: Corazón de la Iglesia*, Publicaciones, UPSA, Salamanca 2013.